

ESTRUCTURA E INTERACCIÓN SOCIAL. HACIA UN MODELO DE ARTICULACIÓN TEÓRICA Y METODOLÓGICA EN CIENCIAS SOCIALES

EUGENIA RAMIREZ GOICOECHEA
Universidad Nacional de Educación a Distancia
Madrid

Introducción

Tradicional ha sido la escisión académica entre los distintos objetos tanto de la Sociología empírica como teórica. Por un lado, encontramos aquel trabajo sociológico volcado hacia el análisis de las macroestructuras, de las unidades sociales amplias y *complejas*, de la estratificación y relaciones sociales a gran escala. A esta orientación se vincula una específica metodología que encuentra en la investigación cuantitativa su instrumento principal. Por otro, con un desarrollo creciente, aparecen aquellos otros enfoques que, pendientes de lo intersubjetivo y situacional, convierten lo cualitativo e interactivo en el lugar privilegiado de construcción de lo social, con decisivas implicaciones metodológicas. Una así llamada *Microsociología* conecta con algunos aspectos del trabajo antropológico, especialmente con la recién aparecida Antropología Urbana y el análisis de las sociedades complejas desde esta disciplina.

La pregunta que nos hacemos es, entonces, si es posible establecer alguna articulación entre orientaciones teóricas, empíricas y metodológicas aparentemente tan excluyentes. A tal fin hemos elegido dos pivotes conceptuales tradicionalmente asignados excluyentemente a cada una de las perspectivas, las nociones de *estructura social* e *interacción*, así como las metodologías que, sin necesidad de corresponderse íntegra e recíprocamente con

dichas nociones, sí forman parte de las diferentes tradiciones con las que suelen estos relacionarse. El trabajo que aquí se presenta pretende reflexionar las líneas maestras de tal intento, como parte de una reflexión en proceso, a la espera de poder elaborar un material más concluyente y definitivo.

La Estructura Social en Sociología y Antropología

Perdida a veces entre sus varios sinónimos — organización, sistema, totalidad, matriz, disposición, ordenamiento, modelo, permanencia, ... — con el fin de recoger la idea de interdependencia de los elementos constitutivos de un objeto, estructura remite en primera instancia a un concepto arquitectónico que alude a la disposición ordenada de los elementos de un edificio, aunque también pueden citarse sus conexiones con la matemática, como *estructura de grupo* en un sentido cercano al de *isomorfismo* y como *estructuras-madres* fundamentales de las que derivan las demás por combinación o diferenciación. Sin embargo, en Ciencias Sociales, centrados en las disciplinas sociológica y antropológica, tiene su acepción inicial en una metáfora biológica que habla más bien de la sociedad como organismo vivo en equilibrio gracias a la colaboración articulada de sus diversas piezas que cumplen, cada una, funciones específicas. Es esta la idea de H. Spencer quien subraya la condición relacional empíricamente observable de todo lo social, reflexión que trascenderá al estructuro-funcionalismo posterior anglosajón. E. Durkheim entiende la estructura como forma de la organización social, donde aspectos como la función y el equilibrio son claves para entender la sociedad como *totalidad emergente*. Esta totalidad aparece de la reunión articulada de los elementos y se explica por el hecho de su mera descripción. Esta concepción holística de la sociedad — no privativa de la escuela francesa — aparece también en M. Mauss, en el que algunos encuentran una formulación preliminar de lo que es la estructura social en donde se integran todos los elementos de la vida social en un sistema coordinado. Los conceptos de *sistema* y *estructura* como conjunto de relaciones sociales, son aquí intercambiables, tal como sucederá en el funcionalismo antropológico británico, inaugurándose una orientación teórica que primará los aspectos de estabili-

dad, recurrencia y reproducción de lo social, donde la problemática del cambio, la génesis y filiación de la estructuras será difícil de abordar, tal como podrá decirse también del estructurofuncionalismo parsoniano.

K. Marx, sensible a los procesos de articulación y determinación entre unas partes y otras de la sociedad, también emplea la noción de estructura, como H. Spencer. Establecerá, no obstante, prioridades causales dialécticas entre sus distintos niveles: serán las relaciones de producción (la *infraestructura*) las que ejerciten el papel estructurador determinante en la combinación específica entre estos niveles de la sociedad, configurando, por ende, el contenido y forma de las ideologías y de la conciencia social o *superestructura*. Esta prioridad, por subyacente y escamoteada, que hay que descubrir tras las apariencias, no es menos real. La estructura no deviene en algo directamente perceptible por el investigador y menos por el sujeto. La superestructura enmascara el sentido y orden de la infraestructura. Será el conflicto entre los protagonistas de las relaciones de producción lo que introduce la dimensión procesual en la sociedad de que se trate recuperando para el sujeto una dimensión a menudo olvidada por sus críticos. Al fin y al cabo, son los hombres mediante sus prácticas los que construyen su sociedad y, en esa medida, a sí mismos. La atención se concentra no tanto en la estabilidad del sistema como en su continua y permanente transformación.

Sin pretender hacer un balance exhaustivo de esta genealogía, preocupados exclusivamente por el rastreo de una específica línea de orientación, observamos que, *grosso modo*, ambas perspectivas iniciales sobre la estructura han tenido diversas repercusiones en la tradición sociológica y en la antropológica, con distintas consecuencias metodológicas.

Por un lado, en lo que a este concepto refiere, sin menoscabo de la influencia de otras producciones teóricas que no analizamos aquí, podemos distinguir entre las corrientes de la Sociología una específica que se hace eco del sentido relacional entre las partes de la sociedad, la cual se inspira en el modelo durkheimiano de cohesión *orgánica* que ya Tönnies definiera como de tipo *societario*, donde los intereses particulares se contaponen sin reconocerse en un todo común. La dimensión cuantitativa del objeto mediatizaría en parte la atención hacia las grandes unidades sociales, sus diferencias y la segmentación de los sistemas sociales. En la Sociología empírica, esta perspectiva tiende preferentemente al análisis, más que de problemas (Cf. Nisbet), de agregados sociales que se definen más por su

participación común en una serie de rasgos sociodemográficos que por sus interacciones significativas como grupos humanos, tales como las clases y los estratos sociales. La perspectiva aquí no es minimalista sino macroestructural: son los grandes grupos los que más que *interaccionar, se relacionan* agregadamente — *relations versus rapports* sociales —. Los actores quedan difuminados en cuanto que no sean portadores de procesos sociales globales y generales. El modelo de la estructura mantiene la metáfora *sistémica* pero no empírica, por lo menos de la misma manera. Son las regularidades estadísticas las que dibujan la matriz organizacional de la sociedad. Concomitantemente, la Sociología empírica que se nutre de esta óptica echa mano de una metodología específicamente cuantitativa, donde las técnicas estadísticas, encuestas, método de escalas e indicadores sociales, análisis demográfico y diversas técnicas sociométricas, constituyen los instrumentos de formalización de tales diversidades sociales. (No estamos presuponiendo en absoluto que este enfoque teórico capitalice la metodología cuantitativa. La investigación en Psicología Social es buena muestra de ello. Pero sí que es su elección hegemónica). Recogiendo una larga tradición europea que puede remontarse a Le Play o a Quetelet, son específicas circunstancias sociohistóricas las que están en la base de estos desarrollos, como la historia de la Sociología americana a partir de la II Guerra Mundial pone en evidencia. La Sociología aplicada, la Sociografía, la *contabilidad social* y la descripción detallada y sistemática, la primacía de esta orientación, se explican por la supeditación de la investigación empírica al encargo social y políticoadministrativo en la sociedad americana.

El trabajo teórico sobre el tema corresponde en este tiempo y ámbito fundamentalmente a T. Parsons. El estructurofuncionalismo de éste insiste una vez más en las nociones de estabilidad y equilibrio del sistema social. La estructura es entonces la disposición estable de los elementos de dicho sistema que escapa a las fluctuaciones impuestas desde fuera. La función de los elementos de esta estructura consiste en la intervención en las adaptaciones de la misma a aquellas situaciones que son exteriores a ella.

En Europa, no podemos olvidar la acogida de las teorías marxianas en la sociología estructuralista francesa de L. Althusser, y de otros como Balibar, M. Godelier o N. Poulantzas, quienes, sobre todo desde la investigación teórica, han retomado las nociones de infraestructura y superestructura de Marx dándoles una orientación más formalista. La estructura refiere a un sistema objetivo de relaciones de producción, a clases sociales y al Estado.

El fenómeno del *poder* aparece indisolublemente ligado a los fenómenos a gran escala, irreducible a las relaciones interpersonales o a la acción individual.

En Antropología Social, el concepto ha tenido una vida diferente, que resumimos brevemente. El organicismo durkheimiano ha sido directamente recogido por el funcionalismo británico de B. Malinowski, A. Radcliffe-Brown, etc., quien introducirá en la antropología *culturalista* norteamericana los conceptos de estructura y función. Más que el paradigma arquitectónico que se observa en Murdock, estos antropólogos entienden el concepto como orden y disposición de las relaciones visibles de los hombres entre sí, disposición que nace de la complementariedad recíproca de esas relaciones visibles. La estructura es entonces un aspecto de lo real directamente perceptible, al contrario que para K. Marx. Sin embargo, la divergencia en el objeto respecto de la Sociología, escogiendo los grupos humanos que E. Durkheim definiera por su *solidaridad mecánica* y antes F. Tönnies por un tipo de relaciones homogéneas que definen *comunidad*, dirigen la Antropología hacia la perspectiva de una totalidad integrativa donde el análisis de las diferencias, si no establecidas *comparativamente* entre sociedades diferentes, se ejerce no ya sobre agregados sino sobre grupos corporativos, privilegiando las relaciones político-ideológicas y de parentesco. Son técnicas sobre todo cualitativas — la entrevista personal, la observación participante, las genealogías, la encuesta demográfica, etc. — las prioritarias para el estudio de este tipo de comunidades supuestamente *simples*, caracterizadas por su reducido número demográfico y su directa accesibilidad al investigador. La atención prioritaria sobre lo normativo y reglado, de las posiciones y roles de los sujetos en su comunidad, redundará en un trabajo empírico en torno a la organización social como mundo sobre todo institucional; la concepción de la estructura derivará, entonces, hacia su versión más formalista en la medida en que los principios de las reglas y normas no pueden ser observadas directamente.

Este giro *formalista* tiene en el estructuralismo de C. Lévi-Strauss su máximo exponente. Su formalismo combinatorio a base de oposiciones binarias, influido desde la lingüística estructural de R. Jakobson, las matemáticas modernas con la teoría de los grupos y la topología cibernética, donde la Historia es relegada a lo circunstancial, y la diversidad se entiende como una serie de transformaciones de una matriz fundamental en sentido parecido al

recogido por el gestaltismo de J. Piaget, le han granjeado duras críticas como la de G. Gurvitch y su orientación dialéctica, que cree ver reducida de esta manera la estructura a un puro modelo. En este caso, la matematización no acudiría a las técnicas estadísticas como sucedía en aquella orientación sociológica citada, sino a las técnicas más formales de representación.

Hacia la Interacción

Varios son los hilos conductores, no siempre ininterrumpidos ni unívocos, que poco a poco nos llevan a la consideración de la interacción como objetivo fundamental de análisis de lo social. Se trata aquí de intentar la reconstrucción filogenética de un tipo de trabajo y preocupaciones teóricas que representan, en cierta manera, la otra cara de lo expuesto en el apartado anterior. Para ello, comenzamos citando la Sociología alemana.

F. Tönnies, verdadero pionero en su país, define la Sociología como teoría de las realidades sociales cuya unidad proviene de las *relaciones positivas entre los individuos*. Es G. Simmel quien, en línea con esta propuesta, establece la naturaleza de la sociedad y los conflictos interpersonales como los focos de atención de la Sociología. La realidad social no es otra cosa que las interacciones entre los individuos y su reflexión le lleva a señalar la necesidad de tener en cuenta las realidades individuales en la gran metrópoli, uno de sus centros de interés, cuando se remarca que todo individuo se encuentra en la intersección única de sus círculos — redes — sociales. Su discípulo Von Wiese introduce entonces conceptos tan valiosos como proceso social, distancia y espacio social, que de tanta utilidad nos parecen. Las relaciones entre el individuo y la comunidad son también estudiadas por A. Vierkandt, dentro de la misma tradición.

Estos trabajos fueron conocidos en Francia gracias a E. Durkheim, pero es sobre todo en Estados Unidos donde el interés por las relaciones interpersonales tendrá más acogida. Nos referimos, claro está, a la Escuela de Chicago. Pero antes de llegar a ello, volvemos a la Escuela Alemana de Sociología en la figura de M. Weber. Y lo que queremos retener de la sociología weberiana es precisamente el concepto de *acción social*, como acción con un sentido propio y dirigida a la acción de otros. El actor se convierte así en ejecutor inteligible de acciones significativas que lo son también para otros.

Las relaciones sociales consisten para Weber en acciones plurales mutuas, recíprocamente referidas en cuanto a su significado, determinando esta orientación la forma que adoptará la relación. No se sigue de ello la necesidad de coincidencia entre las partes sobre los significados de su acción, pero no puede olvidarse que ésta no deja de estar referida en la medida en que el actor presupone una determinada actitud de su contrario hacia él y en esa expectativa orienta su conducta, lo cual basta para que pueda haber consecuencias relativas al desarrollo de la acción y a la forma de la relación. En tal sentido *le es significativo*, tiene una idea aproximada de lo que el otro va a hacer o decir y el sentido que aquél autoatribuye a su propia acción, orientación que retomarán A. Schutz y T. Luckmann.

La Psicología Social americana es otra referencia obligada debido a su preocupación por las relaciones interpersonales. El interaccionismo simbólico de G. H. Mead se funda en la consideración de que todas las relaciones humanas se ubican siempre en un medio social organizado y la constitución de sí nace de la experiencia social con otros. La problemática del sí y de la construcción de un sentido de la realidad social influirán intensamente en las preocupaciones teóricas de E. Goffman, a quien contemplamos en buena medida como continuador de la Escuela de Chicago.

Centrada en la noción de equilibrio inestable de las relaciones entre el hombre y su hábitat — como espacio delimitado —, mediatizada por la acelerada transformación de las ciudades americanas a consecuencia de la llegada masiva y diversa de inmigrantes y la desorganización social y moral que percibe como secuela de estos procesos de cambio, con un específico interés sociológico pragmático en la integración de estos colectivos, la Escuela de Chicago nos proporciona una serie de estudios monográficos en su mayoría urbanos, muy cercanos al trabajo cualitativo antropológico y que giran en torno a la consideración de los actores sociales como epicentros de la vida social, tanto se trate del análisis de los enclaves étnicos, de las bandas de delincuentes, del comportamiento en público, de la diversidad barrial, de la desviación, de la marginación. Múltiples son las deudas del interaccionismo para con esta escuela. Como ejemplo citamos conceptos como *definición de la situación*, utilizada por primera vez por W. I. Thomas, y que serán de intenso valor estratégico para trabajos posteriores en torno a la interacción. Entendida esta *situación* como el conjunto de valores y actitudes que un sujeto considera a la hora de ejecutar una actividad o evaluar sus resultados, la *definición de la situación* se convierte en el tipo de percepción

que el sujeto o el grupo tiene de las condiciones actitudinales en que ésta se presenta, del mismo modo que será asumido por R. K. Merton en el sentido de conocimiento previo a la acción, orientándola en una cierta dirección. La perspectiva interaccionista de E. Hughes influirá sin duda en los trabajos de H. Becker y sin duda de E. Goffman, quien se hará eco de algunos de los objetos de interés de Simmel precisamente a través de su introducción en USA por R. E. Park, así como de los trabajos microsociológicos y antropológicos de L. Warner.

Hemos llegado, por fin, a la consolidación de la interacción como foco de atención sociológica en la persona de E. Goffman. Educado en Chicago, receptivo de varias corrientes de pensamiento, incluso de la antropología social británica, minuciosamente atento por las relaciones humanas de las gentes ordinarias en su vida cotidiana, con una vocación de fiel observador naturalista, la interacción para Goffman se entiende como la influencia recíproca que los copartícipes ejercen sobre sus acciones respectivas cuando están en presencia física inmediata los unos con los otros, mientras proyectan una imagen pública de sí mismos que esperan que sus oponentes validen en un continuo juego consensuado. En esta representación dramática aparece entonces una específica lógica de la comunicación social donde el control normativo determina los recursos expresivos a manipular y las evoluciones posibles/adecuadas de los actores, las cuales les reportarán en beneficio de la aprobación y consideración social. Es esta una síntesis de la perspectiva goffmaniana quien, a pesar de constituir una vuelta sin retorno en la consolidación de una nueva tendencia de investigación en Ciencias Sociales, ha recibido, no obstante, justas críticas por su perspectiva excesivamente minimalista constituida por encuentros y ocasiones triviales, donde los problemas colectivos y la referencia a los procesos sociales globales no son apenas tenidos en cuenta, por su centramiento excesivo en los aspectos normativos y consensuados de las interrelaciones, y también por la especificidad de los grupos y universos sociales de donde toma sus ejemplos.

E. Goffman junto con H. Garfinkel y E. Sacks comparten algunas de estas críticas así como la denominación que algunos han dado a este rescate de la vida cotidiana como objeto de reflexión — ya reivindicado desde la Sociología teórica por H. Lefebvre — bajo el término de *Microsociología* o *Sociologías de la vida cotidiana*. De la Etnometodología de H. Garfinkel nos interesa retener su convencimiento de que todos somos teóricos prácticos y la sociedad se mantiene no gracias a creencias sagradas compartidas sino por

un acuerdo tácito sobre lo que cada uno sabe y comprende de las actividades humanas cotidianas; cómo se construye y cómo funciona el conocimiento del sentido común, lo que se da por supuesto y qué interviene en la comprensión del mundo social así como la constante relación que establece entre el sentido de lo que se comunica y el contexto, la situación en la que aparece el uso del lenguaje y el aspecto inevitablemente local y contingente de la comprensión del discurso y de la acción. De E. Sacks y los llamados *conversacionalistas* podemos mantener el valor de lo lingüístico en el análisis de las interacciones y lo que supone de acercamiento del análisis sociológico hacia esta disciplina y la Sociolingüística.

Para terminar, y dando un giro académico/geográfico considerable, también es necesario reconsiderar las valiosas aportaciones de dos pensadores europeos. Por un lado, hablamos de M. Foucault debido a su específica noción de poder, muy divergente de aquel de tradición marxista que lo liga a las superestructuras. Las relaciones de poder se generan en lo más intrincado y consustancial del intercambio humano, de las arenas locales de la interacción en un juego que, como ésta, es siempre complejo e inestable, transformándose continuamente, sin estar nunca sus efectos totalmente definidos. El poder aparece así como uno de los microprocesos de la vida social y sus múltiples transacciones. De hecho, los análisis microscópicos de las interacciones sociales ponen de manifiesto las intuiciones de Foucault sobre el poder como componente rutinario de los encuentros sociales, revalidando, de este modo, la absoluta pertinencia de este tipo de enfoques.

Por otro lado, recuperamos la dimensión estratégica de toda interacción social que P. Bourdieu establece para las prácticas sociales, tanto en el sentido del intercambio entre actores como de en el de las relaciones entre grupos sociales. Esta consideración, citada pero diluida en E. Goffman, se atiene a las posibles variaciones de la definición de la situación en una interacción dada, abriéndonos el campo de la noción de negociación, que tan fundamental nos parece, permitiéndonos retomar de nuevo la idea de conflicto y disenso como parte integrante de toda relación social.

Concluyendo, varias han sido las claves que nos ha interesado recopilar en lo que creemos podría ser la genealogía del concepto de interacción y que constituirían su *corpus* referencial básico: el sujeto y la acción social, el significado compartido y la construcción de un sentido de la realidad social, las relaciones interpersonales y el intercambio entre actores, el marco de la acción y sus dimensiones físicas espaciotemporales, la situación, los recursos

expresivos de la imagen de sí y la representación, la validación del actor, los procesos de exhibición y reconocimiento, el acuerdo y la complicidad de los participantes en una interacción, la vida cotidiana como dominio — *domaine* — de análisis preferente, y el componente estratégico/negociado y, por tanto, de poder, de toda interrelación humana *cara-a-cara* son algunas de las piezas claves que van depositándose en dicho *corpus*.

Todas estas contribuciones nos permiten interpretar sintética y articuladamente el concepto de *interacción social* del modo siguiente, que expone-mos a efectos de posicionamiento en lo que trataremos más adelante.

Partiendo de la noción weberiana de *acción social* como conducta significativa mutuamente referida, donde entra en juego un cruce de expectativas bidireccionales con consecuencias concretas en el desarrollo y forma de la acción, llegamos al concepto de interacción cuando insistimos en la importancia de sus protagonistas y de su intercambio práctico en el seno de una relación *de implicación directa e inmediata* — distinta en ese sentido del concepto de *relación (rapport)* social — a menudo en el contexto de relaciones próximas y regulares, no necesariamente esporádicas u ocasionales, que a veces pueden ser llamadas *interpersonales* y cuyo ámbito de expresión más intensa aunque no exclusivo suele ser la vida cotidiana. La base de una interacción es una relación — no necesariamente diádica — de copresencia significativa entre sujetos, *intersubjetivamente significativa*, por tanto.

El cariz estratégico de toda interacción implica necesariamente la inclusión de conceptos como negociación, conflicto, poder, manipulación de intereses, solidaridades y enemistades. La dimensión espacio-temporal, *ecológica*, de la interacción, como de cualquier práctica social, es otro considerando de necesidad y forma parte de los ingredientes del *contexto* en que se juega este intercambio, entendiendo éste como conjunto de condiciones en que se produce una interrelación. La idea de *situación* incluida en la noción de evento interactivo adopta una connotación opuesta a *substancialidad*, más ligada a conceptos como momentaneidad y coyuntura, que apuntan hacia la especificidad y puntualidad temporal — aspectos que le vuelven a distinguir de la *relación social* —. Esto no exige un reduccionismo *circunstancialista* del análisis de la interacción en cuanto a su consideración como algo evanescente, banal, trivial, único y finito en sí mismo, mónada de lo social. Muy al contrario, se trataría, en nuestra opinión, de pergonar una dialéctica de la *oportunidad*, de la *ocasionalidad* en relación a sus posibles rutinizaciones, sus repeticiones, sus referencias variables a un componente de estabili-

dad y regularidad representado por lugares estructurales, categorías sociales, normas, objetivos recurrentes.

Retomando la idea de consenso, de sentidos compartidos en toda interacción entre agentes sociales — simultánea a la de conflicto y negociación —, éste se referiría a la coparticipación mínima en una serie de principios que se consideraran como parte de las *evidencias de sentido común*, en la más pura acepción etnometodológica, imprescindible para que la interacción tenga lugar. La naturaleza del tipo y grado de implicación, las reglas de juego habituales para tal clase de intercambio, la información/exhibición mínima pertinente de una identidad categorial propia y del *partenaire*, forman algunos de los elementos constitutivos de tal significado mínimo recíproco. Esto no implica más que una interacción tiene altas probabilidades de desarrollarse de esa manera prevista, anticipada por los actores, bajo los auspicios de tal formulación. Pero no se trata de una necesidad. No todas las situaciones están estereotipadas y permiten su control *probabilístico a priori*. La ambigüedad e indefinición puede reinar en aquellos lugares despreciados por lo determinado, estructurado. Incluso nos es imprescindible que todo quede acotado y acordado entre las partes, tolerándose interregnos baldíos hasta un cierto límite, aquél que señala el fin de la posibilidad de interrelación, a partir del cual reina la incomunicación y la acción socialmente no significativa. La interrelación de los agentes puede desenvolverse fuera del curso esperado o incluso redefinirse a lo largo de la misma por medio de una negociación continua, escapándose de la impronta de *lo estructurado*.

La Antropología Urbana: hacia la interdisciplinaridad en Ciencias Sociales

Aun reconociendo la arbitrariedad de toda división académica, retomamos ahora el campo de la Antropología, a sabiendas de que muchos de los nombres anteriormente citados representan precisamente la difuminación de estos límites.

Ya anticipamos más arriba que la Antropología Social optó por dedicarse al estudio de aquellas unidades sociales definidas, en principio, por su relativo reducido tamaño, por un tipo específico de relaciones sociales, y por un trabajo de naturaleza holística — la monografía, el estudio de casos —

dedicado al conjunto de la vida de la comunidad que es analizada desde una metodología fundamentalmente cualitativa. Los estudios tradicionales en Antropología no por ello han considerado relevante el análisis de los procesos interactivos en sí, pues, como dijimos, el centramiento en los aspectos normativos y en los grupos corporativos, valga esta simplificación, se orientaban a la búsqueda de la organización social de dichas comunidades.

No será hasta la reorientación teórica y empírica de la Antropología cuando encontremos los indicios de una reconsideración de los temas tradicionalmente predilectos de los antropólogos y la inclusión de nuevos puntos de interés y nuevas metodologías. Si hasta entonces las comunidades eran consideradas piezas relativamente autónomas y suficientes dentro de la asunción de la existencia de una sociedad global que se cita como marco pero sobre la que no se investiga, la progresiva mundialización e internacionalización de los conflictos y procesos sociales, la urbanización generalizada del Tercer Mundo y el fin de las comunidades exóticas como tales, impulsan a la reflexión antropológica hacia nuevos derroteros. La aparición de *lo complejo* en las sociedades tribales, los procesos de modernización de los Estados africanos, asiáticos y latinoamericanos, la reflexión sobre el etnocentrismo y la conversión de lo propio en exótico, introducen nuevos temas de estudio y enfoques hasta entonces ajenos a la disciplina: ahora los investigadores se detienen en el análisis de aspectos particulares de estas sociedades complejas, como son la inmigración, los grupos étnicos, la desviación y delincuencia, los jóvenes, las redes de influencia y captación política, el parentesco y matrimonio en relación a la movilidad social, los procesos de socialización y de trabajo, la génesis y adquisición de la información, las culturas urbanas y todo aquello que aparece ligado al fenómeno urbano. La ciudad va ocupando poco a poco un lugar nuevo en el espectro temático, pero no como marca ni como comunidad local sino como objeto propio, como dimensión que atraviesa todos los dominios de la sociedad compleja tanto desde un punto de vista estructurante/configurante como de categorías de vida. Y ahí se abre la posibilidad de una reorientación hacia los aspectos interactivos intersubjetivos y situacionales de la vida en/de ciudad, pero también de la consideración de los procesos macroestructurales de la sociedad, a menudo soslayados por el localismo de los estudios tradicionales.

Las implicaciones metodológicas de este cambio no son menores. Por ejemplo, los estudios urbanos propulsados por el Rhode Livingstone Institute y la Escuela de Manchester capitaneada por M. Gluckman, referidos sobre

todo a sociedades africanas, acercaron la Antropología a la consideración de los métodos estadísticos por varias razones. En primer lugar por la necesidad de analizar la demografía en contextos de fuerte migración, así como por la necesidad de recopilación de datos económicos relativos al consumo, presupuestos, gastos familiares, etc., o incluso de estadísticas jurídicas y criminológicas. No es que los antropólogos no hubiesen utilizado la encuesta etnográfica como técnica complementaria a otras. Pero esta servía, principalmente, como instrumento de clasificación e inventario ordenado de los datos de la investigación más que la consecución y cuantificación de los mismos. A pesar de su posible tratamiento informático complejo, no son encuestas muestrales en el sentido de las habituales en Sociología.

Pero fue sobre todo el acercamiento a lo urbano, insistimos, como objeto ligado a procesos sociales más globales, cuyos límites son difusos, lo que colaboró al resituamiento metodológico del trabajo antropológico, que ya no opta por un modelo objetual aislado y delimitado, accesible y controlable directamente por el investigador. Ahora los datos de la investigación no son generados exclusivamente por el antropólogo: estadísticas sociodemográficas y económicas, investigaciones precedentes realizadas por geógrafos, politólogos, economistas, son instrumentos de referencia imprescindible para ubicar y situar el trabajo más específico y cualitativo del antropólogo en estos contextos urbanos. La complejidad de las configuraciones sociales y la diferencia de escala que presenta lo que se analiza, pero sobre todo el traslado del interés de *la comunidad* a los fenómenos, los *procesos*, marcan una transformación sin retorno en la historia de la investigación en Antropología Social. La necesidad de acercarse a la consideración de la globalidad social en que se insertan las parcelas de la realidad que el investigador en Antropología construye así como de definir los parámetros estructurales del sistema social urbano, han exigido el replanteamiento metodológico de esta disciplina en el sentido de ampliar su universo gracias a la experiencia y enseñanza de otras tradiciones y escuelas de investigación.

Por su parte, la teoría de redes, el análisis de los lazos sociales interpersonales y el interés por la densidad y accesibilidad de éstas puestas en evidencia por los trabajos de J. Barnes, E. Bott, A. C. Mayer o J. C. Mitchell, por citar los más significativos, han facilitado el tratamiento de la interacción desde una perspectiva relacional ya subrayada antes por Simmel y Wirth. Otra fuente es la recuperación de la vida cotidiana como campo fundamental de los estudios urbanos, insistentemente reivindicado por H.

Lefebvre, y campo éste al cual antropólogos como G. Balandier han dedicado interesantes artículos.

De este modo, la Antropología Urbana se perfila como el lugar idóneo de una práctica científica interdisciplinar por su doble movimiento de aproximación tanto a los aspectos macroprocesuales de todo lo social, como, a la vez, a los fenómenos de intercambio entre los actores protagonistas de la vida urbana, donde lo interpersonal subjetivo, el sentido y los sistemas categoriales, las prácticas y estrategias y las situaciones, están teórica y empíricamente conectados. El siguiente apartado refiere precisamente a los problemas epistemológicos y prácticos de tales conexiones a través de una experiencia de campo propia.

Esbozo de una propuesta de integración micromacrosociológica

A partir de los antecedentes expuestos y a raíz de las reflexiones derivadas de nuestra propia investigación empírica y teórica interdisciplinar de cinco años de duración en relación con los procesos de construcción de la identidad colectiva en la población juvenil urbana de una comarca industrial del País Vasco, nos atrevemos a intentar una formalización provisional de los ejes fundamentales de lo que podría ser, en nuestra opinión, el marco de un principio de integración teórica y metodológica del tipo específico de problemática macro-micro social que aquí estamos planteando. Hacemos la advertencia de que, por nuestra parte, este intento ha de entenderse más como una tentativa de ordenación lógica de una serie de intuiciones, de la configuración de un principio de racionalización que como la consecución definitiva de la meta que perseguimos en este tema. Aparecerán así ciertas incógnitas que sólo una labor de especulación y depuración progresiva, con el concurso del intercambio y discusión con otros colegas y sus trabajos podrán despejar, aclarar, reorientar.

Uno de los objetivos teóricos de nuestra investigación — que, como los demás, fue apareciendo, perfilándose progresivamente a partir de ciertas intuiciones preliminares —, fue el de encontrar los puntos de articulación que pudieran conectar el sentido de las interrelaciones puntuales de los acto-

res en sus vidas cotidianas, las categorías de reconocimiento y clasificación con las que estos operan en tales situaciones interactivas/discursivas — el dilema de la anterioridad del pensamiento o de la acción es para nosotros un planteamiento falseado —, y los parámetros de un sistema social de grupos e instituciones que habla de diferencias sociodemográficas y económicas, políticas e ideológicas, culturales también. Nos interesaba conocer un aspecto particular del problema de las macro/microestructuras, el de las conexiones entre las relaciones interpersonales, sus dimensiones prácticoestratégicas intersubjetivas, y los problemas colectivos, cómo aquellas recogen/manipulan/reproducen/redefinen bajo ciertos contextos las diferencias/homogeneidades grupales e institucionales establecidas estructuralmente. A la inversa, nos preguntábamos cuál era la vía de paso entre las significaciones internas subjetivas atribuidas en estas interrelaciones personales y las significaciones sociales y culturales colectivas, cristalizadas, objetivadas socialmente. Para ello, se hacía imprescindible reivindicar el campo de las formas y de la práctica simbólica, de los sistemas categoriales y sus procesos de tipificación. La urdimbre donde confeccionar este tapiz fue el de la construcción de la diferencia étnica como parte de la identidad colectiva. Lo subsiguiente es la concatenación escalonada de cómo fueron apareciendo los problemas, las preguntas y las formas bajo las que intentamos acercarnos al esbozo de una mediación racional entre extremos tradicionalmente tan alejados.

Una de las cosas que más nos fascinaron al principio de nuestro trabajo de campo, era lo que en un principio interpretamos como intensa correspondencia entre la estratificación social y la categorización tipológica de identidades que nuestros informantes ponían de manifiesto en sus discursos y cómo estas racionalizaciones de la diferencia colectiva podían orientar la conducta bajo contextos determinados, reproduciendo/apoyándose/refiriéndose en el ámbito interactivo cotidiano a aquellas segmentaciones organizadas desde la estructura social.

En parte como consecuencia de nuestra fidelidad respecto de ciertos aprendizajes curriculares en Sociología que nos hacen valorar las determinaciones introducidas por la estructura social en el resto de parcelas de la vida social y su gestión, una consideración preliminar era la de tener en cuenta los efectos *estructurantes* de las relaciones sociales en la vida colectiva, en forma de adjudicación de determinados lugares sociales en los diferentes dominios de ésta: trabajo, educación, vecindad y residencia, consumo y tradiciones culturales y lingüísticas, etc. Por ello elaboramos en primer

lugar el mapa *estructural* de las diferencias colectivas en nuestra comarca, tomando como muestra a la juventud escolarizada en tres centros de Enseñanza Media de la comarca de Rentería-Pasajes, nuestra zona de estudio. Este plano nos proporcionó las dimensiones cuantitativas de las relaciones entre diversas variables sociodemográficas como fueron los de lugar de origen, categoría profesional, nivel de instrucción de los padres, escolarización de los hijos, competencia lingüística, residencia y comportamiento electoral.

Como consecuencia se nos dibujó un panorama en que la distribución de frecuencias para una variable tenía a menudo un formato parecido a la de otras variables del modo resumido siguiente, configurándose dos grandes grupos. La procedencia familiar autóctona, es decir, el lugar de origen de los muchachos determinado por el lugar de nacimiento en Euskadi de sus dos progenitores se corresponde en el terreno económico-laboral con dos categorías profesionales principales. Sin ocupar una situación económica privilegiada, dada la fuerte proletarización industrial y suburbialización de nuestro ámbito geográfico, los chicos de procedencia familiar vasca se concentran en torno a dos profesiones paternas: el primero compuesto de pequeños propietarios, funcionarios y empleados medios de servicios, personal empleado de comercio, encargados y capataces, y, el segundo por obreros cualificados de fábrica o de taller. En cuanto a la residencia, se ubican en los barrios más céntricos de los municipios, con mayor equipamiento colectivo y acceso al centro, así como, en su caso, en zonas rurales e incluso residenciales. El nivel de instrucción de los padres de estos chicos, sin ser alto, se destacaba por encima de la media y la escolarización de los hijos seguía la estratificación escolar de la zona, concentrándolos, sobre todo, en la *ikastola*, donde se estudia Bachillerato. La competencia lingüística familiar de estos jóvenes de origen vasco por ambas líneas paterna y materna, era en su mayoría bilingüe, por tanto, *euskaldunes*. Sus inclinaciones políticas eran marcadamente nacionalistas.

Por otro lado, se nos aparecía otro grupo: el de los provenientes de padres inmigrantes, a pesar de que los hijos mismos en su mayoría hayan nacido ya en el País Vasco. Estos engrosan sobre todo el proletariado industrial sin cualificar, y, en segundo orden, los trabajadores de servicios, también sin cualificar. Son exclusivamente castellanoparlantes, viven en los barrios más periféricos social y simbólicamente, se muestran en todo caso de tendencias autonomistas, siendo que sus padres votan fundamentalmente a

un partido no nacionalista. Estos poseen un nivel de instrucción más bajo y escolarizan a sus hijos en un centro público de Formación Profesional cuya enseñanza es exclusivamente en castellano, o, en su caso, en un Instituto Público de Bachillerato.

Las categorizaciones sobre la diferencialidad étnica recogidas a través tanto de técnicas cuantitativas — un cuestionario dirigido a la muestra de 617 jóvenes — como por técnicas cualitativas — 258 entrevistas en profundidad, además de otras técnicas antropológicas como la observación participante —, reproducían sorprendentemente las demarcaciones grupales que nos mostraban las correlaciones estadísticas antedichas en un contexto de clara peyorización étnica hacia el grupo foráneo y de reinterpretación de las variables sociodemográficas *en forma de categorías de vida*.

"... la peor gente, la más miserable, la más engañada y dominada ... son españoles pero también son una clase muy baja ... Hay diferencias, pero no sé si son diferencias de clase baja/alta o español/vasco. ... es una pasada como chillan y, no sé, como más podrido, una vida más miserable", "Porque ahora ya han hecho su dinero. Si he conocido gente que venía, venía emigrante y no tenía un duro. Y te veían a ti con un cacho de pan y te pedían ...", "ya les han visto a los padres llevar ese tipo de vida y les han designado a los hijos a hacer lo mismo. O sea, como quien dice que se crían en la calle, que no se crían en casa", "... que no gastan un duro en los hijos y les envían a las escuelas públicas...", "... tienen mucha cara ... igual dices algo en euskera y 'habla en cristiano', como si estuvieran en su pueblo!", "Los inmigrantes, en Beraun (barrio periférico peor connotado de Rentería)", "Yo no les dejaría votar; por su culpa sale el PSOE en Rentería".

En este contexto de peyorización detectamos también ciertas redefiniciones de las categorías de etnicidad y de la alteridad social elaboradas con respecto a los inmigrantes de primera generación y los de segunda, en función de la variación de determinados aspectos de la estructura social en la década de los ochenta como son el incremento del paro, la crisis económica heredada de los setenta y ciertas formas de delincuencia y marginalidad social ligados a ciertos estilos de vida.

En general, los datos reflejados por el análisis de la estructura social aparecían indudablemente correlacionados en estas categorizaciones y nos preguntábamos cómo deshacer este enigma que nos ofrecía una tal apariencia de homogeneidad, de transparencia, que sospechábamos no podía redu-

cirse a esta simple constatación. Se hacía imprescindible, entonces, internarse en los mecanismos de construcción de las tipificaciones sociales.

Nosotros hemos partido siempre del convencimiento de que las codificaciones sociales no son arbitrarias *ad infinitum*. Cuando reconstruimos en nuestro trabajo la genealogía del Discurso Étnico en Euskadi, como historia objetivada de la formulación de la diferencia étnica, retrotrayéndonos en el tiempo hacia el presente, interrelacionando las transformaciones sociodemográficas, económicas y políticas ocurridas en este largo período con las variaciones en la codificación de la identidad étnica, nos dimos cuenta de que, aunque la definición del grupo étnico se realiza en base a la selección significativa de determinados rasgos culturales, históricos, sociales, que se convierten en símbolos, éstos cobran su sentido en la medida en que se insertan en contextos sociohistóricos específicos. De ahí que, a partir de un material de campo concreto, comenzaremos a relativizar la supuesta autonomía de las ideologías y construcciones que en el terreno de la investigación étnica se habían puesto de moda como rechazo a perspectivas más esencialistas y *objetivistas*. No obstante, y a nivel epistemológico, distinguimos claramente entre grupo étnico, como construcción clasificatoria colectiva, y su posible dimensión sociodemográfica, localizable empíricamente por medio del análisis de la estructura social. En un caso, se trata de una definición social, en el otro y sin menospreciar los aspectos reificantes de toda investigación, estamos hablando del sistema social y sus estratificaciones. Las representaciones colectivas en forma de tipificaciones y categorizaciones que nosotros analizamos en nuestro trabajo no se construyen en base a los estratos dibujados por nuestra pesquisa estadística, sino a partir de las elaboraciones de los propios actores investigados.

En este punto descubrimos lo siguiente. Existe un elevado grado de consenso en los diversos estratos sociales en cuanto al sistema categorial que permite definir la diferencia/identidad étnica en sus dimensiones más formales y globales. Es a este nivel donde se da con mayor intensidad la correspondencia entre las informaciones de la estructura social y el sistema clasificatorio, como conjunto de sentencias de *cómo son las cosas* y *cómo han sido*, con independencia de los procesos de peyorización moral de todo discurso étnico. Los efectos configurantes de la estructura social proveen el material de una reflexión práctica/sensible/experiencial del entorno y sus procesos del que la población, indistintamente de su adscripción estratigráfica, participa. Ahora bien, una profunda labor de análisis e interpretación de

los discursos de nuestros informantes por medio de diversas técnicas, nos permitió localizar la fundamental dimensión estratégica y polisémica de estas construcciones ideológicas, cuyo sentido es variable y diverso en función de diferentes considerandos contextuales. A nivel de los microdiscursos de nuestros investigados, referidos a implicaciones situacionales específicas, es donde aparece con mayor precisión toda una escena de la diversidad representada por estrategias y manipulaciones diferentes de ese *corpus* categorial en función de las diversas experiencias biográficas, de la historia encarnada subjetivamente, del nivel de información del sujeto, y, sobre todo, del tipo de situación a que se refiera y los recursos a manipular de los que dispone. Es quizás éste el ámbito donde emerge un mayor grado de emancipación relativa de las definiciones sociales respecto de los datos estructurales, emancipación en el sentido de referencia más diversificada y variable en función de los objetivos específicos de la construcción ideológica de la identidad colectiva bajo condiciones determinadas.

Es decir, podríamos dibujar un diagrama en donde las referencias estructurales así como el nivel de consenso sobre el sentido unívoco del sistema categorial objetivado en el Discurso Etnico formalizado son más intensos. Aquí lo macroscópico se vincula a procesos de abstracción y simplificación más nítidos. Por contra, cuando se trata de discursos situacional y contextualmente ubicados estas correspondencias estructurales, sin desaparecer, son objeto de manipulaciones específicas y, como correlato, las clasificaciones devienen en polisémicas, con contenido y formato más variable a tenor de su dependencia de factores diversos.

1) Procesos de tipificación social.

Las interacciones categoriales

La relación entre las categorizaciones y lo categorizado no acaba en la cuestión del grado de su correspondencia o no, que en el fondo, refiere a problemas de legitimación, objetivación y evidencia social. En realidad, el sentido de orden proporcionado por los procesos de representación y categorización social no emerge *ex nihilo* de este grado de adecuación sino más bien a través de las prácticas sociales por medio de las que los sujetos construyen y producen ese sentido de orden gracias a continuos mecanismos de negociación y transacción. Porque el orden social, siempre problemático, no se contempla exclusivamente como la consecuencia de la imposición de determinadas fuerzas de la estructura social y sus mecanismos de reproduc-

ción institucional sino como fruto de una negociación y legitimación continua realizada por los actores en el seno de interacciones concretas por medio de las cuales éstos validan/comparten/proponen/construyen sentidos diversos del mundo social. Los mecanismos de los procesos de tipificación son la base la construcción ordenada de este universo.

Los efectos configurantes de los datos de la estructura social constituyen un marco que en muchos sentidos determina en bruto la orientación y el tipo de interacción entre los diferentes actores sociales, incluso a veces la posibilidad de la misma, subrayando la condición de éstos como sujetos portadores de procesos sociales más generales. En tales casos, podemos anticipar/prever ciertas interacciones y sus frecuencias y no otras — siempre en términos probabilísticos, por supuesto — entre agentes sociales concretos, *ubicados* estructuralmente de forma concreta en los diversos dominios de la vida social que citábamos antes — trabajo, vecindad, escolaridad, ocio y sociabilidad, relaciones de parentesco, etc. —, sobre todo en el ámbito de las relaciones cotidianas.

Ahora bien, los procesos de definición y representación social interpretan/seleccionan estas adscripciones estructurales de forma resumida, reductiva, construyendo el abanico de tipos y categorías que da cuenta de estas regularidades/diferencias. Los tipos no expresan tanto la totalidad de la realidad como sus aspectos significativos, pertinentes, aquellos que pueden aportar las bases para la construcción *consensuada* de la identidad colectiva, proporcionando un sentido ordenado de la realidad social así construida que puede quedar cristalizado en forma de narraciones y relatos más o menos formalizados.

Estos fenómenos de categorización no surgen de una supuesta reflexión especulativa ajena a los intercambios prácticos entre los agentes sociales. Muy al contrario, si la estructura y organización social dejan sentir sus efectos en la *realidad inmediata* de la vida cotidiana y sus flujos, es precisamente desde este ámbito desde donde tenemos que investigar los procesos de simbolización y reificación de la *realidad social*, de donde las elaboraciones ideológicas más formalizadas y abstractas se nutren permitiendo *a posteriori* — un *posteriori* ontológico, no secuencial — la participación en un *corpus* de nociones cristalizadas/objetivadas que dibujan los límites de un universo a partir del cual el sujeto no puede compartir significados comunes con sus otros. Esa era la razón de nuestra dedicación a los parámetros sociohistóricos del Discurso Etnico en Euskadi citado anteriormente. Desde

esta óptica, como profundizaremos inmediatamente en el caso de las interacciones normativas, las prácticas no devienen en la *performance* o puesta en escena de las representaciones colectivas sino que, precisamente, son la condición de su posibilidad.

Un caso específico de interacción entre agentes sociales es aquel intercambio que viene orientado fundamentalmente en torno a la identidad de los participantes. Es este un tipo que en los fenómenos de etnicidad tiene particular importancia. Si bien ninguna interrelación es pura y exclusiva, beneficiándose de multitud de dimensiones y sentidos simultáneos, es en este tipo que podríamos denominar *categorial* donde puede analizarse con mayor claridad los procesos de definición social. En este ejemplo, el papel de las categorizaciones es doble. Por un lado, las tipificaciones son parte de la matriz de información y conocimiento que se pone en juego en la interacción, como elemento indispensable para elaborar la identidad provisional del contrario y en esa medida, pueden definir previamente la definición de la situación. Los participantes de un microevento no sólo trascienden rutinariamente el marco inmediato por medio de referirse a ocasiones y fenómenos en tiempos y espacios diferentes sino que emplean nociones y se implican en acciones cuya mutua inteligibilidad aparece basada en sus presuposiciones y conocimientos de instituciones y unidades sociales mayores, tal como reconocían aquellas formalizaciones/objetivaciones que citábamos antes. La tipificación es, por tanto, un ingrediente básico de la interacción en cuanto que permite/es consecuencia una aproximación a la identidad del coactor, pudiendo orientar, en tal sentido, la interrelación. No obstante, el modelo no es empíricamente secuencial y vamos a verlo a través de algunos ejemplos etnográficos extraídos de nuestro propio trabajo de campo y que, de paso, nos mostrarán la multidimensionalidad de toda interrelación subjetiva, tal como expusimos a la hora de dirimir el concepto de *interacción*.

El caso es el siguiente. Un muchacho de 17 años, hijo de inmigrantes jienenses, alumno de Formación Profesional, castellanoparlante, portador de una estética e indumentaria personal que pudiéramos definir como *punk*, es retenido en la calle por un policía, en el contexto de una práctica de control y exhibición de fuerza habitual durante una época en Rentería:

Si me paró hace poco la poli y me empezaron a decir: "— De dónde eres?". Digo "de aquí". Llevaba el cuaderno, que venía del Euskaltegi, de (clase de) euskera, y me empezaron a decir: "— Huy! Cómo? Qué es esto de euskera?". "— No, que estoy estudiando euskera". Que si "de dónde eres?", digo "de aquí". "— Y tu padres?", digo "de Jaén". Y se poenen ... me empezaron a decir: "— No sabes que a los que no son de aquí nos los quieren y les dicen que sepan euskera?". Y les dije yo: "— Ah! no sé!. A mis padres nos les dicen nada". Y luego me dijeron: "— Ya se nota que eres vasco, vasco!". Y digo yo: "— Por qué?", y dicen: "— Porque llevas pendiente y en mi pueblo sólo llevan las mujeres". Me dejaron echo polvo.

Los niveles de análisis del pasaje son múltiples, así que en este momento nos fijaremos exclusivamente en aquellos aspectos relacionados con la discusión categorial de las identidades respectivas de los participantes.

Ambos protagonistas no parten de cero en su encuentro. El muchacho identifica al policía con aquella identidad que se supone defiende su uniforme de agente de las Fuerzas de Seguridad del Estado, es decir la de una identidad española que impugna la especificidad de una vasca. Pero, además, el chico parte de la noción compartida de que la práctica totalidad de los funcionarios policiales no municipales destacados en el País Vasco son procedentes de fuera de esta Comunidad Autónoma, preferentemente de Andalucía, Extremadura y Castilla. El acento que porta el policía puede ser otro indicio que refuerza las expectativas anteriores. De otra parte, la interacción que se dirime, entre otras vertientes, es la de la identidad étnica del muchacho. Sin embargo, el agente de policía tampoco parte de cero en cuanto a ésta. Hay información estética y visual sobre el muchacho que induce al policía a presuponer que su lugar de origen no es vasco, en función de la relación categorial que se establece entre diversas indumentarias y actitudes estéticas y la identidad étnica, estableciéndose unos criterios de coherencia entre los datos propuestos/aportados por los individuos cuyas repercusiones no podemos analizar aquí. Por lo mismo, ciertas prácticas lingüísticas de la dicción del chico — giros, expresiones, vocablos, entonación — le preinforman a su interlocutor respecto de la identidad probable del interrogado. Con estos y otros datos que prefiguran una determinada *definición de la situación* se entabla la relación. La pregunta del lugar de origen del muchacho es del todo pertinente a tenor de estas sospechas sobre su identidad que, además no cuadran para el policía con una exhibición de interés por el euskera como manifiesta el joven. La

referencia del policía al lugar de nacimiento de procedencia de Ego, bajo el supuesto de que es este atributo el elemento básico de su identidad étnica, es una constante. Como en el *toma-y-daca* el chico insiste en su lugar de nacimiento vasco como garantía de identidad, el policía acude al lugar de origen familiar, dato que para Ego es más difícil de escamotear. Pero mientras que el chico basa su identidad en su identificación subjetiva, apoyado por un dato biográfico inicial sobre el que reconstruye su adscripción grupal, el funcionario inquisidor establece las coordenadas de pertenencia del muchacho en la filiación. Como siguen sin llegar a un acuerdo, el policía, en virtud de su posición privilegiada de poder, clausura la negociación sentenciando la identidad étnica del interrogado en base a una manipulación/trasposición de códigos, que muestran como algo básico de toda construcción de la diferencia identidad étnica es la peyorización moral del contrario por medio del uso de definiciones sociales pertenecientes a otros sistemas de referencia, como es el sexual, en este ejemplo. En cualquier caso, más que dirimir la identidad étnica de los contendientes, se trataba de poner ésta a prueba, de validarla, resultando la conclusión del encuentro en la reafirmación de los presupuestos de partida.

La cuestión de las *relaciones étnicas*, cuyo fundamento categorial es elemento principalísimo, se constituye en la reserva de los mejores ejemplos en este sentido.

2) Interacciones de poder.

Manipulación de escalas como referencia macroscópica

Como las categorías y las normas, el poder es un componente básico de toda interacción, tal como defendiera M. Foucault. Y podemos analizar ciertas interrelaciones especialmente desde esta óptica.

En el ejemplo etnográfico anterior, de la interacción entre el muchacho y el policía, las adscripciones institucionales de ambos como referencia a un sistema estratificado de poder eran parte sustancial de la definición de la situación en que ocurría el evento. En la acción intercambiada no sólo se trata de validar/revalidar diversas propuestas de identidad con referencia a grupos étnicos específicamente definidos. Poder, *intención*, *instrumentalización*, conflicto, son elementos integrantes de la forma de encarar o/y desarrollar una situación de encuentro aislado o repetido entre diversos sujetos sociales, donde el concepto de *arena* es del todo relevante. Muchas de las interacciones donde se dirimen cuestiones étnicas pueden ser

interpretadas en tal sentido. Sería el ejemplo que nos citan muchos de nuestros entrevistados y que hemos podido comprobar experimentalmente, de intercambios ciertamente conflictivos y azarosos entre la población autóctona y la inmigrante con ocasión de ciertos eventos puntuales de tipo político violento donde lo que se negocia no son ya identidades sino el derecho y legitimidad a dominar la arena pública

"Porque cada vez que matan a uno, a uno del PSOE, o lo que sea, la gente de Beraun (barrio inmigrante de Rentería) baja abajo (al centro). ... Pasaron ..., vinieron de allí de Beraun, en manifestación con el féretro y eso, pasaron por debajo de mi casa, pero gente ...! Yo en la vida había visto autobuses, dicen que estaba todo Beraun lleno de autobuses de fuera, de Madrid ... Delante de mi casa aparcaron uno de Valladolid, el pobre salió..., le echaron piedras y todo. Y eso ..., pasando por Rentería y chillando la gente, es que eso no? Que yo voy a una manifestación y yo chilló, le chilló al Gobierno, le chilló al que me da la gana, pero no chilló al que está en la acera. Pues nos pusieron verdes a todo cristo! Al que estaba mirando así ...", "La gente de Beraun los hay que nos atacan, que atacan muchísimo, eh? dicen que los vascos somos unos asesinos, que estamos con ETA, de todo! ... En una manifestación que hubo nos llamaron de todo. Tuvieron ellos (los de Beraun, los inmigrantes) una manifestación y pasaron al lado de una cuadrilla que íbamos, no? Nos conocían a algunos de vista y eso! a criticarnos! y a decimos asesinos ..."

Pero lo más interesante reside en que al ser los actores codificados como pertenecientes a grupos clasificatorios, se supera el falso planteamiento empeñado en oponer lo individual a lo colectivo, introduciendo una referencia macroscópica que pude incluso ser manipulada como medio de superación de la banalidad de un encuentro trivial entre actores, como medio de capitalización de poder en el transcurso del discurrir de una interacción. En estos casos, la definición de la situación no viene previamente dada en los mismos términos categoriales en los que finaliza. Buena parte de las relaciones interpersonales cotidianas pueden establecerse en términos de pequeños conflictos y antagonismos triviales en la medida en que, por ejemplo, el comportamiento del otro no se ajusta a lo esperado, no nos otorga el reconocimiento debido, etc. Pues bien, lo que podría resolverse dentro de las coordenadas clasificatorias que marcan los límites de pertinencia de tal interacción puede recodificarse con el objeto de rubicar dicho conflicto trivial en el marco más general de un sistema de oposiciones categoriales, con el objeto de legitimar una imposición sobre el contrario. Se trataría entonces de un

cambio de escala, como es el de conferir adscripción grupal a un sujeto, ubicándolo en la categoría de todos sus iguales. Esta referencia macroscópica generada desde los entresijos de la interacción misma era la llevada a cabo por el policía citado en su práctica de intercambio con el joven retenido al aludir a sus posibles solidaridades grupales — con *los de fuera*, los padres del muchacho así categorizados — o incluso a su adscripción sexual desviacionista o no. Para contrarrestar esta operación estratégica, bien intencional, por otra parte, el chico redimensionaliza la cuestión devolviendo la situación a una escala local: "A mis padres no les dicen nada", en el sentido de que nos les rechazan por ser inmigrantes.

Por tanto, la manipulación de tipologías y adscripciones grupales en el seno de interacciones concretas, con todos los efectos movilizadores y aglutinadores de lealtades y legitimidad que pudieran implicar, posibilitan la validación y el mantenimiento de las divisiones categoriales y de la referencias nocionales macroscópicas sobre las que se apoyan tanto como su posible impugnación.

3) Interacciones con referencia a normas

Contando con que los actores manipulan recursos integrados en un cuerpo articulado/estructurado de representaciones, creencias y nociones, con que no todas las interacciones se resuelven en términos categoriales y a pesar de que del estudio de los encuentros sociales no se deriva automáticamente el perfil institucional que dichos encuentros soportan, el componente referencial normativo de las interacciones fue otro aspecto a considerar en nuestro trabajo. La orientación que nos guió fue también la del énfasis en los aspectos dinámicos y transaccionales de las prácticas sociales, su intenso valor estratégico derivado de su carácter de manipulación de recursos, como repertorio de fórmulas, de utilidades diversas aunque no infinitas — definido ese límite por su grado de pertinencia y congruencia con el tipo de interacción de que se trate — de los que los agentes disponen y manejan con ocasiones determinadas y con fines diversos. Lo cual y aun teniendo en cuenta la intencionalidad y el cálculo por parte de los actores, no nos acerca a la visión de estos como *homo oeconomicus* contabilizando la *ratio* inversión/beneficio.

Con el concepto de *norma* también tuvimos dificultades y antes de pasar a las conclusiones obtenidas de nuestra investigación sobre este parti-

cular, precisamos las reducciones operadas en este terreno. Para nosotros *lo estructural* no se ha reducido nunca a lo normativo/institucional tal como ha aparecido a menudo en la Antropología clásica. Siempre pensamos la estructura como matriz organizadora de las diferencias sociales uno de cuyos efectos y mecanismos de reproducción social sería en buena parte la organización social y su mundo institucional, al que muchos antropólogos clásicos han considerado como *estructura*. En cualquier caso, normas e instituciones son otra versión de lo macrosocial, con específicas relaciones en el mundo de la microscopia social, el mundo interactivo.

A nuestro entender, las implicaciones situacionales, el comportamiento interactivo de los agentes sociales no pueden ser definidos prioritaria y necesariamente en términos normativos, al estilo de Goffman. Las relaciones entre las prácticas y las prescripciones, de aquellas con las categorías, presentan una gran complejidad y variabilidad, lejos de todo tipo de conclusión mecanicista reduccionista. Por otro lado, las teorías de la acción como simple ejecución de un modelo, sea este normativo y/o categorial, no han sido de recibo por nuestra parte, en lo que coincidimos plenamente con P. Bourdieu.

Nuestra concepción de las normas se aleja de aquella perspectiva parsoniana del *actor socializado* y se acerca más a la propuesta por F. Cancian. Estas no serían entonces reglas individuales interiorizadas mecánicamente a través de los procesos de socialización que los sujetos hacen parte de sus motivaciones individuales y observan porque quieren conformar y recibir aprobación social. Por contra, se entienden las normas como residentes en los grupos y no en los individuos. Los sujetos adecúan su comportamiento a ellas en la medida en que se están identificando con dichos colectivos que las soportan y promueven, por las que se definen, validando una determinada identidad social como relevante, apropiada. A partir de la teoría de la identidad social, F. Cancian atribuye a las normas la capacidad de especificar y señalar qué identidades existen y qué acciones y rasgos definen a una persona como miembro aceptable de una colectividad o grupo determinados. Las normas son siempre grupales, socialmente compartidas o no, y es en esa medida en la que puede haber alguna correspondencia entre la regla y acción. Afectan a la acción especificando qué acciones harán que otros validen una identidad concreta, por ser percepciones de lo que otros harían o de lo que creen que es apropiado. Si los individuos se refieren a normas es en buena parte, aunque no exclusivamente, en orden a

confirmar/garantizar socialmente una identidad, lo cual pone de evidencia la fundamental dimensión estratégica de esta conformidad.

En realidad lo que a nosotros nos interesaba más que discutir el grado de adecuación de las prácticas a las reglas, era conocer qué normas, ideas o razonamientos se invocan en tales prácticas, participando, de este modo, en grado diverso de las mismas. Esta participación diferencial sería un elemento importante a la hora tanto de definir y perfilar las acciones mismas como el contorno y sentido de dichas referencias normativas y/o nocionales.

El componente estratégico de esta operación referencial se nos puso de evidencia a través de múltiples casos etnográficos. El de las prácticas lingüísticas de nuestros investigados era un ejemplo patente. Nosotros estudiamos los usos diferenciales del euskera entre aquellos que eran *euskaldunes* y, por ende, también bilingües. Comprobamos que la referencia a la norma que dice que todo vasco debe hablar *en euskera* siempre que pueda, reconocida y mantenida en sus discursos por los propios protagonistas, era variablemente interpretada en función de diversos factores. Además de por el grado e intensidad militante de identificación subjetiva étnica del sujeto — asociado a otras variables como orientación familiar, ideología política, etc. — la *definición de la situación* como determinante del tipo de interacción de que se tratara era fundamental. En un ámbito, el escolar, por ejemplo, donde los alumnos de ikastola, dada sus elevadísima correspondencia con una procedencia familiar autóctona, categorizados sin ambages como *vascos* tanto para sí mismos como para otros, *hablar en euskera* no representa más que un dato redundante de su identidad, establecida en base a otros parámetros biográficos. Sin embargo, la práctica euskaldun se inscribía en otro proceso de diferenciación juvenil bien distinto. Habida cuenta de que la ikastola de Rentería donde investigamos aglutina principalmente alumnado procedente tanto de Rentería, una ciudad industrial de dominio castellanoparlante, como de Oyarzun, una comunidad más inserta en el medio rural tradicional, de competencia sobre todo euskaldun, y considerando el secular desprestigio del euskera como lengua de la incultura y aldeanidad, resulta que hablar o no *en euskera*, es decir, la adecuación de la práctica a la norma, se convertía bajo el contexto de dicho centro escolar, como un discriminante de modernidad o no, de participación en la corriente de producción cultural y estética que se expresa en castellano. Muchachos que hacían de sus conversaciones con otros compañeros euskaldunes ocasión de exhibición y adecuación de su identidad juvenil con

los cánones de lo *chic* e *in*, no tenían reparo, al contrario en comportarse de muy diferente manera cuando el tipo de interacción, el sentido de la misma, variaba. Nos referimos, por ejemplo, a cuando van de viaje o excursión con el colegio a otras comunidades autónomas o incluso a zonas vascas no euskoparlantes. Siendo otros los interlocutores, no mediando otros medios de información por parte del otro respecto de la identidad de los visitantes, éstos hacían gala expresa de la misma no dejando de hablar en euskera, con claros objetivos de autodefinición frente a sus opuestos étnicos, así categorizados. En un caso y otro, la conformación o no a la regla tiene distintas pertinencias. Otro aspecto de la práctica o no del euskera tanto en el ámbito inter pares escolar como en el familiar dependía de la voluntad expresa de significar por tal tipo de interacción lingüística la desidentificación estratégica de las instituciones que promueven e insisten en el mantenimiento del vasco hablado: hablar castellano en la ikastola o en casa se interpretaba como una trasgresión a la norma escolar y familiar, una provocación y un cuestionamiento de la legitimidad de estas instituciones a la hora de determinar en qué idioma quiere hablar el muchacho como parte de su cota de libertad individual y consideración como adulto autónomo.

Otro ejemplo que encontraríamos de este tipo consistiría en aquel en que un sujeto, a falta de un reconocimiento social de su identidad vasca por no satisfacer determinados requisitos biográficos cristalizados en el sistema categorial como diacríticos étnicos, orienta su conducta en función de lo que considera expresión de una identificación subjetiva étnica vasca, empíricamente detectable por aquellos de quien espera recibir sanción categorial y aprobación. Es lo que sucede a muchos muchachos que hacían de su participación política en manifestaciones y eventos de reivindicación étnica una de las mediaciones posibles a la hora de contrarrestar otros datos de su identidad asumidos clasificatoriamente como no congruentes con una adscripción étnica vasca: lugar de origen, competencia lingüística, códigos estéticos y de etiqueta, etc.

Tanto en este caso como en el de las manipulaciones lingüísticas como seña de identidad étnica, las interacciones vienen predefinidas en términos de etnicidad y, por ende, refieren directamente al sistema prescriptivo étnico que correlaciona diversos comportamientos con una sanción moral. En tales casos, las definiciones de las situaciones vienen estipuladas por y para sus protagonistas en términos de oposiciones étnicas y de ahí la pertinencia de dicho sistema referencial que se confirma a lo largo de toda la interacción.

Sin embargo, cuando el sentido de ésta es otro, como en el ejemplo entre los alumnos de ikastola de Rentería y los de Oyarzun, los códigos que hacen significativa la interrelación son diferentes: el de la modernidad/urbanidad en oposición al de la tradicionalidad/ruralidad. *Hablar en euskera* pierde el sentido que tiene en las otras circunstancias y, por ende, la participación/interpretación de la norma es totalmente diferente. En un caso y otro, las identidades validades son también diferentes: en el primero se trata de identificarse como *vasco*, en el otro, como joven *moderno* al día de lo que considera las corrientes estéticas y culturales de su época, que le ubican en un contexto social que entiende como más cosmopolita. En ambos casos, los modos de reconstruir las dimensiones de lo macrosocial por medio de lo situacional/interactivo, son equivalentes en cuanto a sus mecanismos formales, pero no en sus contenidos puestos que las configuraciones macroestructurales a las que se orientan no lo son y tampoco sus sistemas de representación.

Conclusiones

Mas que como conclusiones definitivas, hay que leer este epígrafe final como una serie de reflexiones a considerar en lo que ha constituido el intento de formulación racional de un principio de inteligibilidad, de un modelo de articulación de algunos de los aspectos de la relación entre los procesos macroestructurales de la vida social y aquellos de tipo microsocioal referidos al mundo de las interacciones entre los actores soportes de dichos procesos.

Lo que hemos presentado en este trabajo consiste en primer lugar en la exposición de dos tradiciones científicas en Ciencias Sociales caracterizadas *grosso modo* por intereses y maneras de hacer bastante diferentes. Enfoques teóricos, objetos de investigación y metodologías aparecían de diversa manera relacionados de modo que el producto final también formaba parte de esta aproximación dicotómica a la vida social.

A través del seguimiento y reconstrucción de la génesis de los conceptos de *estructura social* e *interacción social* hemos pretendido poner de manifiesto estas dos tradiciones que aglutinan respectivamente una orientación macrosociológica y otra microsociológica.

Fundado en nuestra propia labor empírica de investigación, hemos intentado sentar algunas de las bases y prioridades teóricas para una articulación fértil entre ambas perspectivas. De ese modo, hemos propuesto las siguientes reflexiones.

La estructura — como estratificación social así como conjunto de instituciones —, con sus efectos organizacionales y configurantes de lugares sociales en los diversos dominios de lo social dibujan una serie de interacciones posibles entre los actores, que los vivencian de una específica manera en sus prácticas cotidianas — dimensión sensible de toda práctica. Esta experiencia vivida, su racionalización y formalización *en un sentido determinado* — la interacción como lugar de producción de sentido —, es el material básico de los procesos de codificación y tipificación — y sus procesos de objetivación social — que entran a formar parte, a su vez, como cristalizaciones objetivadas en discursos y narraciones, de los recursos que se manipulan a la hora de encarar dichas interacciones, participando de la definición de la situación de tal interrelación y, por tanto, de la significación subjetiva, pudiendo reafirmar, negar, transformar no sólo la adscripción estructural/categorial de los participantes sino las mismas codificaciones que se elaboran a partir de ésta. De este modo, no se cuestiona el grado de *facticidad* entre nociones y procesos de la estructura, ni siquiera entre categorías y prácticas: se trata exclusivamente de modos de existencia y manifestación en la vida social diferentes. Lo simbólico, por expresivo, *no es menos real* ni carece de dimensión sensible, algo absolutamente a tener presente para mejor comprender el papel de las representaciones colectivas.

El primer nivel, el efecto configurante de la estructura social es el de los macroprocesos, de los que los sujetos son portadores, del análisis cuantitativo de grandes unidades y grupos sociales y sus diferencias en términos sociodemográficos, de poder, de los procesos de cambio, transformación y mantenimiento institucional/organizacional de estas segmentaciones.

El segundo nivel es el de lo microsocioal, de las interacciones sociales, de las prácticas y estrategias, de los sentidos atribuidos, compartidos, negociados, sobre la acción y sus protagonistas, donde lo cualitativo adquiere toda su intensidad.

Lo macrosociológico no puede entenderse, desde esta perspectiva, como suma agregada de microeventos sino que, al contrario, hunde sus

raíces en lo más intrínseco del propio comportamiento situacional. Consideramos que la mediación teórica entre ambas instancias puede pensarse no sólo a partir de la consideración de las consecuencias estructurantes de dichas segmentaciones como en el sentido de ubicación de los sujetos — como portadores de determinados procesos sociales — en el espectro de la estratificación social y sus grupos, del reparto del poder, etc., con repercusión directa sobre la vida cotidiana como campo privilegiado de la distribución y el intercambio social, sino que es la construcción de representaciones colectivas y sus objetivaciones y legitimaciones sociales en forma de tipificaciones, de categorías y codificaciones sociales con sentidos variablemente consensuados y compartidos, lo que hay que considerar como posibilidad de este flujo macromicrosocial. El análisis de lo simbólico, del imaginario social, de la ideología y sus elaboraciones, de la producción de sentido intersubjetivo, no ya como entidades autónomas, sino sociohistóricamente determinadas, estructuralmente fundadas tanto desde una perspectiva de ordenación cognitiva de la experiencia social, de confección de identidades sociales y fundamentación de interacciones *categoriales*, como también desde la posibilidad de articulación de referentes comunitarios, procesos de reconocimiento, homologación y legitimación así como de organización y orientación instrumentalestratégica de la acción, con alusión al dominio y control de recursos concretos, el campo de las formas de la conciencia social y sus manifestaciones prácticas, repetimos, aparece, bajo nuestro punto de vista, como uno de los puentes de paso que posibilitan esta articulación compleja entre lo macro y lo microscópico de la vida social.

El mundo interactivo se presenta como lugar privilegiado de sentido de la estructura social. Lo *micro* no se concibe como instrumento de reproducción de los macroprocesos sino como precisamente el ámbito por el que éstos se gestan e instalan significativamente en la vida de las gentes. El concepto de interacción recoge la dimensión espacio/temporal a menudo olvidada en el concepto de estructura, o por los menos tratada en otra escala. Y en cuanto que en las prácticas se contruyen/reelaboran/redefinen las categorías colectivas así como las categorías de vida configuradas desde los macroprocesos sociales, la esfera de la interrelación entre los agentes, a menudo en el contexto de sus intercambios cotidianos, puede constituir un potente ámbito de transformación de las condiciones de existencia de las anteriores. El cambio social es algo mutuamente referido, no impuesto desde

arriba o desde abajo. La descripción e interpretación de los vínculos entre la forma, las funciones y el modo de concertación y transformación de las relaciones sociales y las categorías colectivas puede realizarse también desde el análisis de las interacciones de los actores sociales en los diversos dominios de su actividad.

En realidad, establecer esta conexión desde lo ocasional/situacional hacia el establecimiento de patrones recurrentes y rutinizados, más abstractos y generales, como son los que dan cuenta de lo que ocurre a nivel de las estructuras, es casi más complicado que a la inversa. Dilucidar cómo el mundo interactivo influye en el establecimiento/objetivación y mantenimiento de normas e instituciones, nos resulta verdaderamente arduo, y es la vía que menos hemos desarrollado hasta ahora en nuestra labor de reflexión teórica, a pesar de que en este trabajo ofrecemos algunos puntos de referencia basados en nuestra labor de campo. Es evidente que las instituciones sociales y los macroagregados se forman y reforman por medio de la recurrencia de la actividad social y las categorías a ella vinculadas, lo que implica la garantía de su continuidad en el tiempo y en el espacio.

El orden de lo *macro* se convierte en una dimensión complementaria de la vida social interactiva y de sus dominios privilegiados, no como fenómeno emergente compuesto de la suma de dichos microeventos. En palabras de C. Knorr-Cetina, la tendencia en Sociología de la traslación de intereses de una concepción normativa del orden social a un orden cognitivo, e acercamiento a un situacionalismo metodológico, y el del análisis de las mutuas conexiones entre las instituciones y grandes unidades sociales con la acción humana propuesto por Giddens como nuevo reto sociológico, hablan de la necesidad de integrar estos resultados microsociológicos al universo de los grandes procesos y agregados, tanto como de una vuelta hacia la consideración del actor como unidad de análisis absolutamente pertinente — como en cierto sentido la Historia Social ya ha reivindicado —, lo cual, no supone una atomización individualizante que niegue su inserción en el marco de los grandes procesos. Pero estos no pueden ser entendidos descarnados de los sujetos sociales que los practican, reproducen, transforman o niegan en el ámbito de las interacciones cotidianas y los problemas que para sus participantes plantean y que han de resolver por medio de diversos recursos de codificación y actuación. El análisis de la vida cotidiana es otro rescate de esta perspectiva integracionista.

Queda mucho por hacer y por resolver y somos conscientes del carácter esquemático y provisional de esta exposición. Sólo a través de investigaciones puntuales específicas, con metodologías interdisciplinarias, que intentan seguir la línea a menudo oculta por donde ambos niveles y escalas de lo social se conectan y retroalimentan, donde lo colectivo/subjetivo encuentra su punto de coyuntura, podremos avanzar en este camino de síntesis al que parecen abocadas las Ciencias Sociales.

Esta propuesta de interdisciplinariedad se refiere más a un enfoque metodológico que a la pura combinación de diferentes técnicas de investigación. Se trataría, en el decir de H. Lefebvre, de una reestructuración de los dominios del saber por medio de intercambios constructivos entre diversas disciplinas que permitan superar las dicotomías establecidas por la particular historia de estas, recogiendo las buenas enseñanzas de M. Mauss respecto de las conexiones entre las distintas ciencias humanas. Y quizás sea precisamente en el medio urbano, en la consideración de las configuraciones singulares que en él aparecen, donde este proyecto encuentre sus mejores materiales, teniendo en cuenta que lo urbano, la vida en la ciudad, se caracteriza precisamente por un elevado grado de complejidad social e intercambios a la vez que lugar preeminente de los grandes procesos sociales.

BIBLIOGRAFIA

- ALEXANDER, J.C. 1988. *Action and Its Environments. Towards a New Synthesis*. New York: Columbia University Press.
- _____. 1989. *Structure and Meaning. Rethinking Classical Sociology*. New York: Columbia University Press.
- ALTHUSSER, L. y BALIBAR, E. 1974. *Para leer "El Capital"*. México: Siglo XXI.
- BALANDIER, G. 1983. *Essai d'identification du quotidien. Cahiers Internationaux de Sociologie 74 (Sociologie des Quotidiennetés)*.
- BANTON, M., ed. 1980. *Antropología social de las sociedades complejas*. Madrid: Alianza.
- BARNES, J.A. 1969. "Networks and Political Process". In *Social Networks in Urban Situations* (J.C. Mitchell, ed.). Manchester: Manchester University Press.
- BECKER, H.S. 1971. *Los Extraños. Sociología de la Desviación*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- BENSON, S. 1981. *Ambiguous Ethnicity. Interracial Families in London*. Cambridge: Cambridge University Press.

- BERGER, P. y Th. LUCKMAN. 1979. *La Construcción Social de la Realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- BOTT, E. 1971. *Family and Social Network*. London: Tavistock.
- BOUDON, R. 1968. *A Quoi Sert la Notion de Structure*. Paris: Gallimard.
- BOURDIEU, P. 1972. *Esquisse d'une Théorie de la Pratique*. Genève: Droz.
- BRITTAN, A. 1973. *Meanings and Situations*. London: Routledge & Kegan Paul.
- CANCIAN, F. 1975. *What are Norms? A Study of Beliefs and Action in a Maya Community*. Cambridge: Cambridge University Press.
- CICOUREL, A.V. 1982. *El Método y la Medida en Sociología*. Madrid: Editora Nacional.
- COHEN, A. 1969. *Customs and Politics in Urban Africa*. London: Routledge & Kegan Paul.
- CRESWELL, R. y M. GODELIER. 1981. *Utiles de Encuesta y de Análisis Antropológicos*. Madrid: Fundamentos.
- DURKHEIM, E. 1985. *La División del Trabajo Social*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- ETZIONI, A. & J. PORTER eds. 1970. *Macrosociology: Research & Theory*. Boston: Allen & Bacon.
- FIELDING, N.G., ed. 1988. *Actions and Structure. Research Methods and Social Theory*. London: SAGE.
- FOUCAULT, M. 1978. *Microfísica del Poder*. Madrid: La Piqueta.
- FREEDMAN, M., S.J. DE LAET y G. BARRACLOUGH. 1981. *Corrientes de la Investigación en las Ciencias Sociales*. Vol. 2 (Antropología, Arqueología, Historia). Madrid, Paris: Tecnos/Unesco.
- GARFINKEL, H. 1967. *Studies in Ethnomethodology*. Englewoods Cliffs, N.J.: Prentice Hall.
- GIDDENS, A. 1987. *Social Theory and Modern Sociology*. Cambridge: Polity Press.
- GLUCKMAN, M. 1978. *Política, Derecho y Ritual de la Sociedad Tribal*. Madrid: Akal.
- GOFFMAN, E. 1972. "The Neglected Situations". In *Language & Social Context* (P.P. Giglioli, ed.). Harmondsworth: Penguin.
- _____. 1987. *La Presentación de la Persona en la Vida Cotidiana*. Madrid: Amorrortu/Murguía.
- GODELIER, M. 1974. *Economía, Fetichismo y Religión en las sociedades primitivas*. Madrid: Siglo XXI.
- GOODENOUGH, W.H. 1965. "Rethinking Status and Role". In *The Relevance of Models for Social Anthropology* (M. Banton, ed.). London: Tavistock. (ASA Monographs 1).
- GRAWITZ, M. 1979. *Méthodes des Sciences Sociales*. Paris: Dalloz.
- HANNERZ, U. 1980. *Explorer la Ville. Éléments d'Anthropologie Urbaine*. Paris: Minuit.
- HOLY, L. & M. STUCHLIK. 1983. *Actions, Norms and Representations. Foundations of Anthropological Inquiry*. Cambridge: Cambridge University Press.
- KNORR-CETINA, K. & A.V. CICOUREL. 1981. *Advances in Social Theory and Methodology. Toward an Integration of Micro and Macro-sociologies*. Boston, London and Henley: Routledge y Kegan Paul.
- LEFEBVRE, H. 1984. *La Vida Cotidiana en el Mundo Moderno*. Madrid: Alianza.

ESTRUCTURA E INTERACCIÓN SOCIAL

- LÉVI-STRAUSS, C. 1977. *Antropología Estructural*. Buenos Aires: Eudeba.
- MATINDALE, D. 1979. *La Teoría Sociológica. Naturaleza y Escuelas*. Madrid: Aguilar.
- MARX, K. 1972. *Contribución a la Crítica de la Economía Política*. México: Siglo XXI.
- MAUSS, M. 1971. *Sociología y Antropología*. Madrid: Tecnos.
- MAYER, A.C. 1980. "La importancia de los cuasi-grupos en el estudio de las sociedades complejas". In *Antropología Social de las Sociedades Complejas* (M. Banton, ed.). Madrid: Alianza.
- MEAD, G.H. 1982. *Espíritu, Persona y Sociedad*. Barcelona: Paidós.
- MERTON, R.K. 1964. *Teoría y Estructura Sociales*. México: FCE.
- MITCHELL, J.C. 1980. "Orientaciones Teóricas de los Estudios Urbanos en África". In *Antropología Social de las Sociedades Complejas* (M. Banton, ed.). Madrid: Alianza.
- NISBET, R. 1969. *La Formación del Pensamiento Sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu.
- PARK, R.E. & E.W. BURGESS. 1921. *Introduction to the Science of Sociology*. Chicago: Chicago University Press.
- PARSONS, T. 1982. *El Sistema Social*. Madrid: Alianza.
- PIAGET, J., W.J.M. MACKENZIE, P.F. LAZARFELD et al. 1979. *Tendencias de la Investigación en Ciencias Sociales*. Madrid: Alianza.
- RADCLIFFE-BROWN, A.R. 1974. *Estructura y Función en las Sociedades Primitivas*. Barcelona: Península.
- RAMIREZ GOICOECHEA, E. 1988. *Vascos, Jóvenes y Urbanos Construyendo y Negociando Identidad. Polisemia en los Discursos, Estrategias para la Acción*. Universidad Complutense de Madrid. Tesis Doctoral.
- . 1989a. De la Estructura Social y sus Manipulaciones. Nuevas Codificaciones Étnicas de la Diferencia Social en una Comunidad Urbana Industrial de Euskadi. *Cuadernos de Antropología* 4. Universidad Nacional de Luján (en prensa).
- . 1989b. Linguistic Practice and Ethnic Identity in Young People in a Basque Industrial Urban Region. *Ethnos*. Universidad de Estocolmo (en prensa).
- SCHUTZ, A. y T. LUCKMAN. 1973. *Las Estructuras del Mundo de la Vida*. Buenos Aires: Amorrortu.
- SIMMEL, G. 1977. *Sociología. Estudio sobre las Formas de Socialización*. Madrid: Revista de Occidente.
- VIET, J. 1970. *Los Métodos Estructuralistas en las Ciencias Sociales*. Buenos Aires: Amorrortu.
- WEBER, M. 1984 (1922). *La Acción Social. Ensayos Metodológicos*. Barcelona: Península.
- WIRTH, L. 1956 (1928). *The Ghetto*. Chicago: Chicago University Press.
- WOLF, M. 1982. *Sociologías de la Vida Cotidiana*. Madrid: Cátedra.